

UNA BENÉFICA FAMILIA Y UN SANTO CANÓNIGO¹

16. La Familia Marchese.
17. Insignes bienhechores de Don Orione, muchacho y fundador.
18. El Canónigo Don Miguel Cattaneo.
19. ¡Seré también yo como él!...
20. Las estatuas de Don Cattaneo.
21. El primer simulacro de María Auxiliadora para Don Bosco.
22. Los cuadros “abrillantados”.
23. “Ve, vende todo lo que tienes...”
24. Don Cattaneo: el amigo de los pobres.
25. Escuela de caridad y de gentileza, particularmente fecunda para la Vocación de Luis Orione.

16. A la tarea de hacer más hermosa el alma de Luis Orione se empeñaron también, con ternura e inteligencia maternas, las pías hermanas Marchese, cuya bondad y piedad fueron de mucho peso en la evolución moral del pequeño. La familia Marchese, compuesta por el padre, el señor Francisco, por la madre, la señora Antonia, y sus seis hijos, ya nombrados, eran propietarios de casas y terrenos en Pontecurone, donde vivían frente a la ex villa Rattazzi, y en Tortona.

Ellos “pusieron todo el cuidado para que el pequeño Luis Orione desarrollase e hiciese florecer los dones de la gracia” de los que le veían dotado. Y por ello él les estaba muy agradecido.

He aquí un ingenuo episodio. “Podría tener unos diez años, cuando, para mostrar su gratitud a los señores Marchese, talló en madera con sus propias manos una estatuilla de San José y se la ofreció como regalo... La señora Marchese le expresó un gracias muy afectuoso; sólo que agregó: “se me parece más bien a Garibaldi; pero si tú me aseguras que es verdaderamente San José, debe ser así, porque bien sé que tú mentiras no dices...”.

Como ya hemos apuntado, junto a los Marchese, vivía una prima suya, Francisca Chiesa, llamada Cecchina o Señora Lina, que les acompañó más tarde a Tortona. “Soltera, muy religiosa tenía condiciones económicas bastante buenas. Estaba por tanto en grado de ayudar al pequeño Luis también cuando después fue alumno de Don Bosco y seminarista”.

Francisca Chiesa, particularmente, se aficionó con ese niño al que no dejaba de hacer demostraciones de interés y de auténtica benevolencia. Cuando se hizo un poco más grandecito lo tomó consigo para hacerse acompañar al campo. Ella tendría por entonces unos 35 años; Luis apenas había entrado en la edad del uso de razón; un pobre chiquillo de pueblo. Mujer fina e inteligente, la pía señorita asumió instintiva y delicadamente la tarea personal de ayudarlo a ser educado y gentil. Le corregía las locuciones equivocadas, le enseñaba a expresarse correctamente, le enriquecía con muchas nociones útiles, que Luis muy pronto hacía suyas, dotado como estaba de buena voluntad y de una excelente memoria. Quiso después enseñarle a ayudar en Misa, sabiendo que era asiduo a las sagradas funciones.

“Recuerdo –nos narra el propio Don Orione– que cuando era un muchacho me tomaba consigo alguna vez para ir al campo, yo tenía 8 ó 9 años, y ella 30 ó 35; ella fue quien me enseñó a ayudar a la Santa Misa. Recuerdo que una vez, era el 17 de septiembre, me dijo: “¿Sabes qué día es hoy?” Y yo: “¡Son los (stimàte) estigmas de San Francisco!...” Ella me corrigió: “No, se dice (stimate) estigmas de San Francisco.” Así otra vez decía: “océano”; y ella me dijo: –“Océano; océano se dice en poesía”.

Tenía, en fin, tendencia a bien quererlo y a seguirle de cerca, casi como si entreviese en él los tesoros naturales y de gracia que el cielo le había concedido. Luis sentía por ella desde entonces un reconocido agradecimiento que después mantuvo vivo.

“Fue Francisca Chiesa, atestigua un pariente de la Marchese, la que más ayudó espiritual e intelectualmente al pequeño Orione”. “Más tarde ella abrió un negocio en Tortona, cercano a San Bernardino. En los últimos años se volvió a Pontecurone, aunque durante el invierno se reti-

¹ Traducción de un capítulo con el mismo nombre de la Obra *Don Luigi Orione e la Piccola Opera della Divina Provvidenza* Vol. I, pág. 165-175 Escrito por Don Giovanni Venturelli. Los entrecorillados son frases textuales de testigos y en letra cursiva las palabras o escritos de Don Orione.

raba a Tortona para pasarlo junto a las hermanas Marchese, otras bienhechoras de Don Orione, sus primas". "Murió hacia 1915, con unos 75 años".

Leamos su más hermosa alabanza, escrita en aquella circunstancia en una minuta del Santo: *"Nacida en Pontecurone, vivió como las Vírgenes prudentes del Evangelio, iluminando las almas con sus virtudes. Confortada por la gracia del Señor, actuó virilmente, y, con su delicadísima piedad, supo también cultivar la vocación de un pobre muchacho que estaba por la casa, pueblerino, quien después de Dios y de la Virgen Santísima, a ella debe el ser sacerdote. ¡Oh Señor, tened como oración de sufragio también las lágrimas agradecidas que él mismo esparce sobre vuestro altar...!"*

Los Marchese poseían una hermosa casa, además de una pequeña villa en Tortona, en el Groppo, a las afueras en dirección al Riote San Bernardino, sobre la nacional hacia Génova.

Cuando se trasladaban, especialmente en invierno, la mamá Carolina iba a recibir las, tal vez llevando consigo al pequeño Luis. En esa casa Don Orione entró así la primera vez de muchacho. Ahora pertenece a la Pequeña Obra y allí llevan una vida de sacrificio y de oración, en adoración perenne a Jesús Eucaristía, las Hermanas Sacramentinas Ciegas.

17. Todos los miembros de esta numerosa familia mostraron siempre por Don Orione un sincero afecto que poco a poco se fue transformando en veneración; y además se hicieron eximios bienhechores de sus obras de caridad. Son recordadas especialmente las hermanas Teresa y Angiolina; de ellas dejó escrito el Santo: *"A Teresa, junto con la hermana Angiolina, se debe gran parte de cuanto hay alrededor del Santuario de la Virgen de la Guardia y todo lo que, con la ayuda de la Divina Providencia, podrá surgir. El terreno, entre otros, en que se eleva la imponente mole del Santuario, es donación suya: y también de la hermana y suyo el hospicio para las pobres viejecitas, que surge detrás del santuario mismo... El nombre de las Señoras Marchese permanecerá en bendiciones hacia los Hijos de la Divina Providencia; ellas entran en el número de los que ¡y son tantos!, han de ser perpetuamente recordados. Dejaron detrás de sí el perfume de las*

buenas obras públicas; el culto a la Virgen Santísima por el que ellas donaron sus bienes con tanta generosidad, es la mejor corona de su vida, entretejida de bondades y de misericordias..."

De cada cosa se hablará más adelante. Mientras tanto pongamos en relieve aquello que, entre tantos méritos de los Marchese, y sobre todo de Francisca Chiesa, fue ciertamente el mayor: ayudaron a Luis en los estudios. Porque entonces las vocaciones pobres, y no eran pocas, la mayor parte se perdían por falta de ayuda económica. Don Orione no olvidará aquel difícil periodo en el camino de su vocación ni a las buenas personas que le ayudaron. Tomará también de esto experiencia y estímulo desde los comienzos de su obra, para hacerse generosa e incansablemente bienhechor de los aspirantes pobres al altar. Como veremos, la primera casa abierta por él, San Bernardino, en 1893, fue especialmente un nido donde entrenar y formar, fiándose únicamente de la Providencia, a los muchachos deseosos de darse a Dios pero imposibilitados para estudiar por carecer de medios. Recordamos aquí las inolvidables palabras de la circular para la "Colecta de las Vocaciones": *"Como cuando de chico iba con mi pobre madre a espigar..., vengo también yo, en el nombre del Señor, a recoger las humildes espigas que podrían perderse"*.

18. Mayor influencia en la formación del muchacho Luis Orione tuvieron, como es fácilmente comprensible, las múltiples ayudas espirituales ofrecidas en la instrucción catequística y del conjunto de medios de que disponía con su asidua y frecuente vida parroquial; pero especialmente providencial fue para su alma el cuidado que de él se tomaron dos sacerdotes del pueblo: el venerado Canónigo Don Miguel Cattaneo y el joven coadjutor Don Francisco Milanese.

El Capellán del hospital de Pontecurone, Don Michele Filippo Cattaneo, Canónigo de la Colegiata de Santa María, empezó a interesarse por Luis Orione desde que éste tenía unos 8 años, teniéndolo con gusto cerca de sí en el tiempo en que la mamá no le necesitaba. Don Orione definía a este piadoso sacerdote como *"verdadera sal de la tierra"*, "hablando a menudo de él como de quien obtuvo ayuda de todo tipo,

especialmente para su formación moral”, lo cuenta Don Sterpi.

Extremadamente caritativo, Don Miguel tenía por entonces sesenta y cinco años. Vivía en el número 52 de la Vía Maestra, al lado de la casa de los Marchese, donde vivía Luis. *“Hombre ejemplar, de familia noble y bastante rica – recuerda Don Orione– se había dado de tal manera al ejercicio de la caridad que era el amigo de los pobres, tanto que daba incluso la carne que sus familiares preparaban para él; visitaba siempre a los enfermos del pueblo y especialmente del hospital, les asistía y les ayudaba de cualquier modo. En invierno ofrecía a los pobres su cuadra llena de vacas”*. Hizo construir en Pontecurone con su propio dinero algunas casitas que dejaba gratuitamente para que las habitasen familias necesitadas. Mientras él se iba a vivir en casa de otros, pagando el alquiler. Todos en el pueblo tenían por él una grandísima estima.

19. El muchacho Orione, con el pleno consentimiento de la mamá, se iba a menudo con el buen Canónigo, a quien, a su vez, gustaba dejarse acompañar en las visitas a los pobres y enfermos del pueblo. Nuestro Santo más de una vez afirmó que de estas visitas nació en su joven mente la primera y lejana idea de los hospicios para indigentes. Aquellos contactos con los miserales y con los enfermos fueron verdaderamente para él saludables y decisivos.

Del buen Canónigo, como es fácilmente imaginable, Luisito aprendió muchas cosas, adecuadas a su edad, edificantes y útiles; la acostumbrada cercanía con él le abrió los primeros gozosos horizontes de la virtud práctica, de la caridad consoladora. Conoció usos, pensamientos de otros ambientes; descubrió las piadosas industrias y las santas astucias –limitadas a su pueblo, pero con frutos de adiestramiento– de la beneficencia cristiana y de la misericordia, espiritual y corporal; así dispuso el ánimo, en la familiaridad con el piadoso Capellán, a los primeros gérmenes de la vocación. *“Tendría ocho o nueve años; y sin embargo tengo todavía en los ojos y en el alma la imagen de aquel Sacerdote”*.

20. A consolidar los benéficos influjos de la paterna atención de Don Cattaneo hacia Luis Orione, no faltó una particular, diríamos seducción para la ingenua fantasía del muchacho. Don Miguel tenía, entre otras cosas, una particular alma de artista, de gusto refinado y delicado, acaso con no muy buena técnica; y, como cualquier enamorado de lo bello, tenía la necesidad interior de difundir este amor por el arte. Entendía de escultura, de pintura, de cerámica; sobre todo intentaba hacerse con cabezas, brazos y manos de estatuas, para componer después devotas imágenes sagradas.

Modelaba con gusto el resto de la Figura del Santo o de la santa y ofrecía después la estatua, así obtenida, a las pequeñas y pobres iglesias de Pontecurone y de los pueblos también lejanos, con el intento de contribuir al crecimiento de la piedad en el pueblo sencillo y devoto. Con esta forma de hacer el bien su celo se había hecho un constante propósito. “Curioso – dice un testigo – el modo como Don Cattaneo formaba sus estatuas. Fabricaba primero una especie de andamiaje con cañas, de modo que el peso no resultase excesivo; después plasmaba la estatua sobreponiendo el yeso y los vestidos a esa especie de castillo”.

Modeló así las primeras estatuas de la Inmaculada, de la Dolorosa, de la Asunción y de San José, expuestas para la devoción, y todavía hoy veneradas en la Iglesia Parroquial de Santa M^a de la Asunción en Pontecurone. A su muerte “nosotros los herederos encontramos una caja de cabezas ya hechas o adquiridas poco a poco, que le servían para las estatuas que él se ingeniaba para fabricar, completándolas con las partes que faltaban y con la vestimenta que él mismo modelaba”. Así lo afirmaban los sobrinos de Don Miguel.

Recuerda un compañero de infancia de nuestro Santo: “Os podría decir todavía donde trabajaba Don Miguel Cattaneo en Pontecurone, porque a menudo iba con Orione a visitar su taller”.

21. Una noticia sin duda interesante es ésta: “Siempre oí decir que la primera estatua de María Auxiliadora, para el Santuario de Turín, se la envió a Don Bosco Don Cattaneo”, escribe nuestro

Don Montagna. “Mi madre – atestigua la sobrina de Don Cattaneo – repetía que la primera estatua de María Auxiliadora venerada por Don Bosco y por los salesianos había sido hecha por nuestro tío Don Miguel, y que se la entregó personalmente a Don Bosco en Turín”.

Don Orione recuerda: “*Don Bosco, habiendo hecho construir el bellissimo Santuario de María Auxiliadora en Turín, necesitaba una estatua de la Virgen venerada bajo el título de Auxilium Christianorum. En aquel tiempo vivía en mi pueblo un Canónigo que no era muy capaz de predicar con las palabras, pero que predicaba mucho con el ejemplo y haciendo estatuas; y a este Canónigo se dirigió Don Bosco para tener la estatua de María Auxiliadora...*”.

El bueno de Don Miguel, de hecho, quería mucho a Don Bosco y había seguido con gran simpatía desde los inicios la generosa y original actividad a favor de los muchachos abandonados y pobres. De esta estima por el apóstol Turinés de la juventud había nacido en Don Miguel la gentil idea de preparar una Virgen Auxiliadora para el nuevo Santuario, abierto al culto en 1868. Fue, de hecho, ésta la primera estatua de la “Virgen de Don Bosco” que entró en el Instituto Salesiano, y llevada a hombros, en procesión, por los jóvenes del Oratorio de Valdocco, especialmente en la fiesta anual del 24 de mayo.

El mismo Don Cattaneo quiso entregársela personalmente a Don Bosco, y precedió hasta Turín a los encargados de transportarla. Don Orione nos cuenta lo que sucedió por entonces: un hecho ciertamente edificante que testimonia claramente la caridad mariana con la que había trabajado el Canónigo, si acaso la Virgen quiso intervenir con un prodigio en defensa de su fatiga. Pero estaba además por el medio la predilección de la Auxiliadora por Don Bosco y por las iniciativas dedicadas a su culto por él.

“*Acabada, por tanto, aquella estatua, narra Don Orione, el Canónigo no sabía si trasladarla por el tren o con un carro, temía que se rompiese. Para mayor seguridad la colocó cerrada en una caja sobre un carro y se la dio en custodia al sacristán de Pontecurone, un cierto Bautista, y al carretero para que la llevaran a Turín; y él les precedió. Los conductores, llegados a un cierto punto, tenían que atravesar un torrente: pero el*

puente que conducía al otro lado, se había hundido. – A nosotros no nos falta coraje, dijo entonces el carretero; nosotros con nuestros caballos, pasaremos igualmente... – Llegados sin embargo hacia la mitad del torrente, los caballos se pararon y la carreta se empezó a hundir cada vez más en la arena... Los dos conductores se encontraron perdidos... Pero en ese momento pensaron en la estatua que transportaban e invocaron a la Virgen. Entonces ocurrió un hecho: se sintieron como elevados y llegaron fácilmente a la otra ribera: y prosiguieron el viaje hasta Turín. En el pueblo después y, especialmente el sacristán, hablaban mucho de este suceso, que no se encuentra registrado en ningún libro. Yo no habría pensado nunca encontrarme esa estatua; pero, después de dos años en los que oí contar estas cosas, ingresé en Valdocco, con Don Bosco, donde estaba aquella estatua famosa...”

En 1912 estaba todavía sobre el altar de Santa Ana, donde ahora está la Santa Mazzarello; y delante de aquella estatua, en 1888, como veremos, Don Orione, alumno de Don Bosco, ofreció con otros la vida por su gran Bienhechor.

Del Canónigo Cattaneo conservamos también con veneración un ingenuo, delicioso autorretrato, bajo el que puede leerse la firma autógrafa: “Canónigo Miguel Cattaneo con 30 años”.

22. Otro útil y espiritual pasatiempo de Don Cattaneo –germinó de la ya referida pasión artística– era el de “abrillantar”, como se decía entonces, es decir de representar en colores, acaso también enriqueciendo antes los detalles, ciertas estampas de contenido religioso, en las que las figuras tenían sólo los trazos del diseño. Se trataba, se entiende, de un modo como cualquier otro –pero muy en auge por entonces– de hacer que las cosas comunes no fuesen vulgares, sino que alegrasen el ojo, cumpliendo así también con un cierto deseo de originalidad.

Bajo la dirección del Canónigo Cattaneo también Luis Orione aprendió a “abrillantar” cuadritos de esa manera. Dos de aquellos cuadros han llegado a nosotros, son muy vivaces: uno representa *la muerte del justo*, el otro *la muerte del pecador*. La resobrina de Don Cattaneo nos cuenta: “Nuestro tío vivía muy cerca de

Orione, el cual, siendo muchachito, se iba con él. La caridad del Tío ayudaba a todos; le ayudó también a él. Nosotros dejamos a las monjitas de Don Orione del Hospicio Azzi de Pontecurone dos cuadros: La Muerte del Pecador y la Muerte del Justo. Don Orione en cuanto los vio: – ¡Son de Don Miguel! – exclamó. Y los pidió para poder tenerlos en su habitación...”.

Atestigua la Superiora del Hospicio: “Los cuadros de *la muerte del justo y del pecador* yo los recibí de la Señora Ottaggi, sobrina del Canónigo. Esos cuadros los tenía ella en casa. Sabía muy bien que Don Orione quería mucho a su Tío y pensaron en hacer un regalo a su Casa de Caridad en Pontecurone. Nuestro Santo, después, un día vino al asilo, los vio, y, todo lleno de entusiasmo, me rogó que se los enviara al Paterno; y dijo que esos cuadros eran de un Santo Sacerdote...”.

Parecen la traducción plástica –tan expresivos como son– de las meditaciones análogas de la “Disposición a la muerte” de San Alfonso. En el archivo se conservan también dos estampas de San Vicente de Paúl; una solamente está “abrilantada”, pero de modo infantil: ¿es tal vez una de las primeras “tareas” encargadas por Don Miguel al pequeño Luis?...

23. De este modo, algunos de los temas o motivos ideales a los que Don Orione dará forma durante toda su futura existencia y su misma Obra, se paladean ya presentes, de modo sugestivo, en esta primerísima edad suya: Valga señalar: el amor a los pobres y enfermos; el celo de difundir la piedad entre el pueblo y en formas populares; Don Bosco y la juventud pobre. Argumentos religiosos y espirituales que él pudo presentir y vivir –lo que le permitía la edad– por mérito del santo Canónigo que se le había hecho amable maestro.

En el sermonecillo de la tarde de la vigilia de San Antonio Abad del último año de su vida, nuestro Fundador vuelve con el pensamiento al hospital de su pueblo: “*Mañana es San Antonio Abad. Puede decirse que es el Santo del que toman nombre muchos hospitales. También en mi pueblo, mañana, se hace fiesta en el Oratorio del Hospital, en honor de San Antonio. Hoy oía tocar la campana del hospital y pensé que maña-*

na en Pontecurone harán fiesta. San Antonio es considerado uno de los Patriarcas, uno de los anacoretas. Dio todas sus posesiones, las distribuyó a los pobres, después de haber oído aquel pasaje del Evangelio: – Ve vende todo lo que tienes y dalo a los pobres y tendrás un tesoro en el cielo...–”. En el santo, como se ve, se había inspirado el Canónigo Cattaneo; Luisito sabía bien esto, y, cuando le estaba permitido, lo imitaba. He aquí dos ejemplos:

“Puedo contar –atestigua una prima del Santo– como más de una vez Don Luis, cuando era un muchacho, se quitó los pantalones nuevos, preparados por su mamá, para regalárselos a los pobres. Al reproche de la madre a la que pedía otro par, él un día respondió: – ¡no te enfades, mamá, yo aún tengo un vestido que me cubre y me mantiene caliente! Pero a quien he dado los pantalones, tenía más frío que yo y era más pobre... – esto se lo oí contar a su misma madre Carolina, y, aunque yo era por entonces una niña, aquellas palabras y ese hecho nunca los olvidé”.

Otro episodio: “La mamá le había comprado un paraguas, que él estrenó yendo al Caserío de Tortona a ver a sus parientes. La tarde siguiente, mientras bajaba del cielo nublado una fina lluvia, Luis llegó a casa mojado hasta los huesos y sin paraguas. “¿Pero qué te ha sucedido?” –preguntó la mamá preocupada–. “¿Y después de tu enfermedad, qué has hecho...? ¿Dónde has dejado el paraguas? –Mamá, respondió el muchacho, a mitad de camino he encontrado un viejecito que caminaba muy lento todo empapado, y he pensado: Yo puedo hacer estos pocos kilómetros corriendo; y le he dado el paraguas. – ¿Cómo reprocharle nada a un hijo tan bueno? La mamá, que sabía muy bien comprender, pensó en calentarlo y se sintió conmovida”.

24. Don Miguel murió el 14 de junio de 1886. El joven Orione por entonces enviado a casa por motivos de salud de los padres franciscanos de Voghera, estuvo presente en los funerales, ya que lo había visitado en su enfermedad. “*Recuerdo todavía –narra el Santo– que cuando murió el Canónigo Cattaneo yo volvía a casa de los Frailes el día en el que se hacían los funerales; y me parece oír aún todas las campanas de los cuatro*

campanarios y toda la gente que se invitaba diciendo - vayamos a la sepultura del Canónigo Cattaneo. - Su memoria después de cincuenta años perdura aún en el pueblo en bendiciones y se la transmiten de padres a hijos... El Cattaneo fue el último Canónigo que hubo en mi pueblo, un santo canónigo, que llenó de virtudes a los demás. Cuando murió, no tenía absolutamente nada, había dado todo a los pobres, y todo el pueblo, hasta los masones, fueron a su funeral. Había hecho construir casitas para los pobres, gastando de lo suyo, donde vivían gratis, y él sin embargo vivía de alquiler. Antes de morir había vendido todo lo que tenía, haciendo un legado, de modo que todos los pobres que salían del hospital, teniendo todavía necesidad de un poco de convalecencia, tuviesen alguna lira para comprarse un poco de carne, curarse al menos en los primeros días, y adquirir buena salud... Y él murió pobre, murió bendiciendo. ¡Prevenía el futuro, ese sacerdote! Y todavía hoy es recordado por los viejos que le conocieron y también por aquellos que no le conocieron pero que oyeron hablar del bien que hizo. Trabajó mucho, mucho, y, como he dicho, dejó ciertas disposiciones acerca del testamento para bien del pueblo. Hago referencia a esto, también para disminuir la impresión que podéis haberos hecho por lo que os conté de aquel otro, Don Gaetano... Yo de niño, viendo a ese Santo Canónigo, decía para mí: ¡Yo seré también como él! ¡Quiero ser también yo religioso como él!

Para el jovencito Orione, religioso quería decir hombre de Iglesia, siervo del Señor, apóstol del bien, sacerdote santo, desinteresado y benéfico. Comenzó entonces a brillar en su espíritu la luz interior que lo invitaba al servicio del altar y al más fascinante ministerio de la caridad.

Don Cattaneo fue sepultado en el cementerio de Pontecurone. Su sobrina afirma: "Por nuestro Tío Don Miguel, Don Orione tuvo siempre mucha gratitud; en 1938, con ocasión del decenio de la apertura de la Casa de la Obra de la Divina Providencia en Voghera, cuando le dijeron que estábamos nosotras las sobrinas de Don Cattaneo, que queríamos saludarle, enseguida se llenó de alegría. Nos condujo a la salita de los invitados y se entretuvo largamente con nosotras, evocando la caridad del hombre de Dios. Repetía

que estuvo muchas veces de chico en el taller de nuestro Tío, quien le había enseñado a "abrilantar" las imágenes... Y expresaba su reconocimiento por el bien recibido de él: sobre todo porque le llevaba a visitar a los enfermos al hospital, y, con las palabras y con el ejemplo le había sembrado los primeros gérmenes de amor a los pobres".

25. La Divina providencia parecía que tomaba por asalto, por cada flanco, el corazón de Luis Orione para arrojar las semillas preciosas de una vocación que el futuro demostró admirables. Se puede de hecho atestiguar que el alma de nuestro Santo, desde que se abrió a la vida, no conoció otro ideal, no sintió otra aspiración, no anheló otro bien, que no fuese ser todo y sólo de Dios. Todos en torno a él por divina gracia favorecieron el camino hacia la sublime meta. El bueno de Don Miguel estrechó todavía un poco más el asedio puesto por Dios, y pasó por la vida de Luis como un paréntesis, pío y gentil, de alma bella y elevada, perfumada por la virtud y amante de la beneficencia, enamorado de lo bueno y lo bello, y todo transformado en la caridad, atrayendo cada vez más fuertemente al muchacho hacia una vida según el corazón de Cristo.
